



P U E B L A,

BUENA NOTICIA PARA LOS POBRES.

| JUAN HERNANDEZ PICO, SJ.

*El P. Hernández Pico, jesuita guatemalteco, además de teólogo es especialista en Sociología religiosa. De un trabajo más amplio preparado para la revista "Diálogo", de Guatemala, tomamos estas páginas tan llenas de esperanza.*

En este artículo me ceñiré a tratar aquellos puntos del Documento Final que intuyo van a resonar como una buena noticia evangelizadora para los pobres de América Latina en su concreta situación actual.

### Puebla como una Buena Noticia para la Iglesia y el Pueblo de América Latina.

Necesariamente los puntos concretos que voy a destacar en este apartado corresponderán a una visión parcial y advierto desde el principio que la selección podría ser hecha de otra manera. Creo, sin embargo, que sí se trata de elementos muy relevantes del Documento Final y de elementos que

constituyen una buena noticia para el "*pueblo pobre de América Latina*" (n.968), primer destinatario de la misión de Jesús (cfr. n.906).

# 1. Clara ratificación del método pastoral-teológico de Medellín.

En la Conferencia de Puebla se discutió al comienzo de los trabajos, sobre el orden de los temas que iban a ser tocados. De esta discusión salió confirmada una ordenación de capítulos que colocaba en primer lugar la "*visión pastoral de la realidad latinoamericana*" (cfr. Primera parte, n.1-94). Una decisión tal, contrapuesta como lo fue a otra alternativa que habría preferido partir en el Documento de una exposición doctrinal, significa en la práctica, la ratificación del método pastoral-teológico de Medellín. Significa que el conocimiento de la realidad debe actuar como dato interpelante para la fe cristiana y para la acción pastoral de la Iglesia.

Además de la afirmación de este método implícita en el hecho de la ordenación de los capítulos del Documento Final y en la secuencia interna de mucho de los capítulos del Documento, encontramos en varias ocasiones la afirmación explícita de que éste debe ser el método que se emplee. La más importante se encuentra dentro del primer capítulo cuando, al dejar constancia "*de que la evangelización es (la) misión fundamental*" de la Iglesia, el texto continúa así: "*No es posible el cumplimiento de esta misión sin un esfuerzo permanente de conocimiento de la realidad*". (cfr. n.48).

Coherentemente con esto el Documento Final, al constatar el esfuerzo "*casí febril*" de la Iglesia a través de jornadas, cursos, reuniones, etc., como orientados "*a la profundización del mensaje y a la preocupación por conocer al hombre concreto en sus situaciones y en sus aspiraciones concretas*" (cfr. n.48), está dando implícitamente una norma de que la preparación eclesial para la evangelización no puede hacerse sin una atención a la realidad concreta del hombre latinoamericano. Más importante todavía es que este estudio de la realidad no se afirma sin más como necesidad sino que se fundamenta en el carácter de la Buena Noticia de Jesucristo.

Esta tiene que ser siempre no un anuncio abstracto sino una buena noticia para los hombres en su situación concreta.

Por eso, la Iglesia latinoamericana en Puebla se interroga: "¿Cómo se ha ido edificando a sí misma la Iglesia, para cumplir con la misión salvadora que Cristo le ha encomendado y que debe proyectarse en situaciones concretas y hacia hombres concretos?" (n.40). Así, pues, la realidad del hombre latinoamericano, tanto en su aspecto de "cambio... que le ha vuelto más libre y más crítico" (n.53) como en su aspecto de "situación de injusticia" (n.50) constituye un "gran desafío" para la pastoral (n.50) e interpela a la iglesia. (n.53).

Esta visión se consolida en la última parte del Documento ("Opciones Pastorales") al afirmar que "la acción pastoral planificada" deberá educar a las comunidades y personas "en una metodología de análisis de la realidad, para la reflexión sobre la realidad a partir del Evangelio" (n.1067). Dentro de este punto hay que destacar que la realidad latinoamericana se presenta en esta primera parte del Documento Final con un intento de articulación entre constatación o descripción de la situación y análisis causal o búsqueda de raíces de los hechos mayor del que se intentó en los Documentos de Medellín. No se da aún una separación nítida entre ambos esfuerzos pero se señala una dirección importante en la tarea pastoral del conocimiento de la realidad. Por otro lado es tanto más notable esta pista cuanto que los Obispos conocen que "al tratar los problemas sociales, económicos y políticos", no lo hacen "como maestros en la materia, sino como intérpretes de nuestros pueblos... especialmente de los más humildes, la gran mayoría de la sociedad latinoamericana" (Mensaje a los Pueblos de América Latina).

## 2. Aspectos cruciales de la visión pastoral de la realidad en Puebla.

En primer lugar es importante destacar que la Conferencia de Puebla se sitúa en el dinamismo de Medellín y asume la visión de la realidad que Medellín tuvo (cfr. n.15). Se supera así un temor generalizado de que Puebla se ubicara en

otra perspectiva.

NU: Precisamente por situarse en el dinamismo de Medellín la Conferencia de Puebla no sólo señala los males que Medellín señalaba, sino que los ve profundizados. Constata que la "situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos" es "el más devastador y humillante flage-lo" (n.18). Constata que esta situación se configura como - "creciente brecha entre ricos y pobres" (n.17). Destaca -- que esta pobreza no aparece como "etapa transitoria, sino - que es el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas", como estado interno de nuestros países, apoyado a nivel internacional en "mecanismos que... producen... ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres" (n.19). Señala que los "modelos de desarrollo" aplicados por "una fría tecnocracia" "exigen de los sectores más pobres un costo social realmente inhumano, tanto más injusto cuanto que no se hace compartir por todos" (n. 27). Más aún expresa claramente que, "han fracasado las amplias esperanzas del desarrollo y ha aumentado también la marginación de las grandes mayorías y la explotación de los pobres" (n.1021). No que no haya habido crecimiento económico, tecnificación de las estructuras, etc..., sino que a éstos los ha acompañado "una tendencia a la pauperización y exclusión creciente de las grandes mayorías latinoamericanas" (n.968), haciendo surgir así "un conflicto estructural" que hace crecer paralelas la riqueza de unos pocos y la miseria de las masas (n.970) *menor es la adherencia a la equidad a nivel una cristología más pasiva*

Yendo a las raíces de estos hechos y procesos devastadores la Conferencia de Puebla señala: "La vigencia de sistemas económicos" para los que el hombre es periférico y que rechazan el cambio; "el hecho de la dependencia económica tecnológica, política y cultural", incluyendo su profundización a causa de las empresas multinacionales y del intercambio desigual continuamente creciente; "la falta de reformas estructurales en la agricultura" en beneficio del campesinado; "el gran crimen de nuestra época", es decir, "la carrera armamentista"; "la falta de integración entre nuestras naciones" y la "crisis de valores morales", a saber: corrupción, lucro, venalidad, falta de esfuerzo, carencia de sentido social de justicia vivida y de solidaridad (cfr. nn.31-37).

La Conferencia de Puebla expone lo que concretamente

significa *"esta situación extrema de pobreza generalizada"*: significa que nuestros países *"están en situación de permanente violación de la dignidad de la persona"*, porque no respetan los derechos fundamentales a la vida, a la salud, a la educación, a la vivienda, el trabajo (cfr. n.22). Esta violación del hombre latinoamericano se expresa también en *"los abusos de poder típicos de los regímenes de fuerza"*, *"en la represión sistemática o selectiva"*, en la desaparición de seres queridos, en *"la inseguridad total ante una justicia sometida o atada"* (n.23). Todos estos atentados además, *"pretenden justificarse como exigencias de la seguridad nacional"* (n.1023) así como *"amparar sus actitudes como una subjetiva profesión de la fe cristiana."* (n.26).

Las consecuencias que esta situación produce en la sociedad civil no escapan al ojo pastoral de la Conferencia de Puebla, la cual se fija en el irrespeto a la dignidad del hombre que supone la aplicación arbitraria de la legislación laboral y en la represión a la que se somete en regímenes de fuerza a las organizaciones *"de obreros, campesinos y sectores populares"*, mientras que las *"agrupaciones patronales... pueden ejercer todo su poder para asegurar sus intereses"* (n.24). No es extraño que dentro de este cuadro se constate el grave descenso de la participación política ciudadana (n.25). En resumen, *"aumenta... la injusticia institucionalizada"* (ibid).

No en todas sus partes con la misma nitidez, es, con todo, suficientemente clara la Conferencia de Puebla, al ver que todos estos procesos internos de nuestros países abren la posibilidad de que *"el subdesarrollo del continente"* se agrave e incluso se haga permanente *"como consecuencia de los nuevos manejos y de la explotación causada por los sistemas de organización de la economía y de la política internacional"* (n.1026). Se apunta, por lo tanto, como causa más profunda de la situación hacia la explotación y manipulación internacionales que dividen al mundo de Norte a Sur, aunque se es consciente de la asociación de *"grupos minoritarios nacionales"* ... con intereses foráneos para aprovecharse de *"formas primitivas de libre mercado... a expensas de los intereses de los sectores populares mayoritarios"* (n.26).

Para los Pastores Latinoamericanos, bastantes de ellos cada vez más envueltos en medio de su pueblo como quienes lo sirven y escuchan de muy cerca su clamor, la *"extrema pobreza generalizada"* que han descrito y cuyas causas han rastreado *"adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela"*. Se trata de rostros de indígenas, afroamericanos, campesinos, obreros, marginados y hacinados urbanos, sub-empleados y desempleados, jóvenes, niños y ancianos (n.20).

Es la convivencia con estos hombres y mujeres concretos la que da corazón cristiano al análisis de la realidad de los Obispos en Puebla; es la intensificación de *"su compromiso"* con estos desposeídos (n.84) la que les ha hecho escuchar su clamor, que -si en Medellín les *"pudo haber parecido sordo"*- *"ahora es claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones amenazante"* (n.49).

Así, pues, en este conocimiento de la realidad, más como intérpretes de un pueblo que como técnicos, resuena todo el camino recorrido por muchos pastores en solidaridad de búsqueda y de lucha con ese pueblo. Por esto, precisamente Puebla a pesar de no pocos temores y presiones, ha mantenido en el análisis de la realidad latinoamericana una notable lucidez. Ningún poder dominante internacional o nacional, económico, político o cultural, puede evitar el señalamiento que se le ha hecho en Puebla. Por el contrario, las masas latinoamericanas, el pueblo pobre y oprimido, tienen derecho a esperar que sus pastores sean coherentes en sus respectivos países con esta visión de la realidad que han firmado en Puebla.

### 3. La responsabilidad de América Latina ante esta situación.

Los Obispos en Puebla no han sido simplistas. En el cuadro global de América Latina han visto también logros. Uno de ellos, *"el avance económico significativo que ha experimentado el continente"*. Para los obispos este avance *"demuestra que sería posible desarraigar la extrema pobreza y mejorar la calidad de la vida de nuestro pueblo"*. No se pue-

den, por lo tanto, invocar fatalismos determinantes ni se puede apelar a procesos en los que la pobreza vaya desvaneciéndose como efecto secundario de la riqueza global. Hay necesidades que no admiten espera. *"Si esto es posible -concluyen los Obispos- pasa a ser una obligación"* (cfr.n.14).

Esta obligación humana adquiere profundidad en un continente en el que se apela continuamente a la religión cristiana. Con fidelidad a la fe en Jesucristo, los Obispos acaban de ratificar la visión cristiana de esta realidad: *"Vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano la creciente brecha entre ricos y pobres"* (n.17). Ya Medellín había hablado de una *"situación de pecado"*; Puebla confirma este juicio cristiano. Para ello emplea la palabra más técnica que la teología posee: se trata de un discernimiento, un juicio en el Espíritu Santo. En la angustia y en el dolor causados por el lujo creciente de pocos frente a la miseria de muchos *"la Iglesia discierne una situación de pecado social"* (n.17). La gravedad de esta situación es tanto mayor *"por darse en países que se llaman católicos y que tienen la capacidad de cambiar"* (ibíd).

Esta ratificación del juicio cristiano de Medellín se convierte en refuerzo por el hecho de que aparece reiteradamente en el Documento Final. Así por ejemplo, en el capítulo consagrado a *"la dignidad humana"*, la injusticia, la dominación y la violencia a todos los niveles se ven como generadas por el pecado y estableciéndose en *"situaciones de pecado que, sobre el plano del mundo, esclavizan a tantos hombres y condicionan adversamente la libertad de todos"* (n.225). Con ello se elabora más lo que se quiere decir con *"situación de pecado"*, al expresarse su poder esclavizador y condicionante. Incluso se reconoce humildemente el condicionamiento de *"los procesos económicos y políticos"* aunque no el inexorable sometimiento a ellos; de ahí la obligación a humanizarlos (n.231).

De nuevo se retoma este mensaje al tratar de la religión popular. Hay algo tanto más significativo cuanto que el tratamiento del tema había mostrado una tendencia espontánea hacia la exaltación. Por eso, la Conferencia de Puebla no puede menos de afirmar: *"El catolicismo popular sí*

bien sella la cultura de América Latina, no se ha expresado suficientemente en la organización de nuestras sociedades y estados. Ello deja aún vigente lo que su Santidad Juan Pablo II ha vuelto a denominar estructuras de pecado (Zapopan, 3). Así la brecha entre ricos y pobres, la situación de amenaza que viven los más débiles, las injusticias, las postergaciones y sometimientos vergonzantes que ellos sufren, contradicen radicalmente los valores de dignidad personal y humanidad solidaria. Valores estos que el pueblo latinoamericano lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio. De ahí que la religiosidad del pueblo latinoamericano se convierta muchas veces en un clamor por una verdadera liberación (Juan Pablo II, Discurso de Apertura I, 9; Zapopan, 3). Esta es una exigencia que está pendiente" (n. 325).

Al tratar de la acción de la Iglesia por la persona en la sociedad nacional e internacional, se fortalece la visión que estamos comentando: "El hombre latinoamericano sobrevive en una situación social que contradice su condición de habitante de un continente mayoritariamente cristiano: son evidentes las contradicciones existentes entre el orden social injusto y las exigencias del Evangelio" (n.1018). En la raíz de las causas "se encuentra el pecado tanto en su aspecto personal como en las estructuras injustas" (n.1019).

Finalmente, al abordar las "opciones pastorales" en la brevísima parte quinta y última del Documento, vuelve la Conferencia de Puebla a destacar este enfoque, de modo que puede decirse que se trata de uno de los énfasis más constantes a lo largo de todo su contenido: "nuestro continente... es radicalmente cristiano, pero (en él) la fe, como vivencia total y norma de vida, no tiene la incidencia que sería de desear en la conducta personal y social de muchos cristianos. Las formas de injusticia, que debilitan y violentan nuestra convivencia social y que se manifiesta especialmente en la extrema pobreza, en el atropello a la dignidad de la persona y en las violaciones de los derechos humanos, ponen de manifiesto que la fe no ha alcanzado aún entre nosotros su plena madurez" (n.1062).

Se da, por lo tanto, en América Latina una ruptura de



la sacramentalidad que la fe posee siempre como dinamismo insoslayable. Hay ruptura entre fe y vida y especialmente entre fe y convivencia social. Esta convivencia social no es signo, no es manifestación de la fe. Los Obispos lo denunciaron en Medellín, es importante que lo sigan denunciando en Puebla a pesar de que la acción de la Iglesia en defensa de los Derechos Humanos y su comportamiento con lo pobres haya *"llevado a que grupos económicamente pudientes que se creían adalides del catolicismo se sientan como abandonados por la Iglesia que, según ellos, habría dejado su misión espiritual"* (n.42). Es indudable que estos últimos diez años han enseñado a bastantes Obispos latinoamericanos una experiencia de la que antes tal vez estaban más desprovistos. En la redacción final del Documento de Puebla expresan esta experiencia con harta sobriedad: *"La voz colectiva de los episcopados -escriben- ha ido despertando un interés presente en la opinión pública, encontrando, sin embargo, frecuentes reservas en ciertos sectores dominantes, de poca sensibilidad social..."* (n.93). En base a esta experiencia, en la que bastantes Obispos se han sentido muchas veces objeto de sospecha, o al menos de sorda reticencia, la Conferencia afirma el deber de la Iglesia de *"asumir con valor y alegría las consecuencias de su misión, lo cual el mundo nunca aceptará sin resistencia"*. (n.94).

#### 4. Opción preferencial y solidaria por los pobres.

Se jugaba en este punto, a nuestro modo de ver, la credibilidad de la Conferencia de Puebla. A pesar de ser el capítulo destinado a expresar esta opción uno de aquellos en que más se revelaron las tensiones, los diferentes puntos de referencia vitales, los miedos, en definitiva -como lo confiesa el mismo texto- el pecado de la Iglesia de América Latina y su deficiente conversión, con todo los Obispos lograron expresar una opción que, recorre casi todos los temas del Documento Final.

Es otro de los momentos en que sin lugar a dudas, se ratifica *"con renovada esperanza"* (n.897) a Medellín. Renovar la esperanza en el contexto de una opción por el pueblo pobre de América Latina no es una fórmula piadosa. Diez años después de Medellín dicen los Obispos, *"la inmensa mayoría*

de nuestros hermanos siguen viviendo una situación de pobreza y aun de miseria que se ha agravado" (n.898). Se trata, por tanto, de una esperanza que hay que renovar frente a la presencia golpeante de signos que no invitan a hacerlo: en la persistencia y agravamiento de la pobreza, como "carencia de los más elementales bienes materiales" y de la "participación social y política" y provocadas por "la acumulación de riquezas en manos de una minoría", se revela la fuerza mortal del pecado personal y de las estructuras de pecado (cfr. 898). En la medida en que la Iglesia se ha solidarizado con los pobres ha sufrido "hostilidad" (n.897), "persecuciones y vejaciones", de las cuales "los mismos pobres han sido las primeras víctimas" (n.901). Es importante que la Iglesia se haga cada vez más consciente de quién es el que sufre más, de quién experimenta más la crispación del odio y del desprecio, el pobre mismo, aquél que, antes de toda "denuncia profética de la Iglesia" (ibid.) es él mismo denuncia viviente, grito que puede ser "silenciado" (Juan Pablo II, Oaxaca, párrafo 9), pero que no deja de resonar desde el silencio.

Así, pues Puebla renueva "la posición de la conferencia de Medellín que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres" (n.897). Si es profética, porta en sí misma el juicio de Dios, sobre el presente: "Esta Conferencia Episcopal Latinoamericana sintiéndose comprometida con los pobres condena como antievangélica la pobreza extrema que reina en nuestro continente" (n.924). Al mismo tiempo tiende a desencadenar una historia de conversión que comienza por reconocer la complicidad en un pecado más amplio: "no todos en la Iglesia de América Latina nos hemos identificado suficientemente con los pobres; no siempre nos preocupamos por ellos y somos solidarios con ellos" (n.904). Pretende también desencadenar una historia en la que los hombres abracen como modelo de vida la apertura a Dios en una vida de sobriedad, sencillez y austeridad llevada a la práctica en el compartir con los hermanos y en el rechazo del consumismo (n.912-17). Pretende caminar hacia la "necesaria transformación de la sociedad" (n.908), hacia "el cambio de las estructuras mentales" para que sea "verdadero y pleno" "el cambio necesario de las estructuras sociales, políticas y económicas injustas" (n.920) y así se refuerce el condicio-

namiento humanizador y positivo de los procesos económicos y políticos (cfr. N.231).

Si por otro lado es una opción solidaria, implica estar con el pobre, rechazar *"la situación en que vive la mayoría del continente"* (n.921), acostumbrarse a las *"tensiones y conflictos dentro y fuera de la Iglesia"*, a las acusaciones de que la Iglesia sufre *"una peligrosa desviación ideológica marxista"* (n.903), esforzarse por *"conocer y denunciar los mecanismos generadores de esta pobreza"* (n.925) y sobre todo -me parece- por apoyar las aspiraciones de obreros y campesinos a ser sujetos de su historia y a *"crear libremente organizaciones para defender y promover sus intereses y para contribuir responsablemente al bien común"* (nn.927-928).

Irrenunciable como aparece en este Documento la profundidad de la pobreza evangélica como camino hacia la fraternidad y -por tanto- hasta la caída del ídolo de la riqueza y el consumismo y hacia la apertura a Dios, no por eso cae la opción de los Obispos en una idealización encubridora del pueblo pobre de América Latina. Está muy claro que quien en América Latina es en primer lugar desafío a la credibilidad de la fe, quien encarna la exigencia de una fraternidad y solidaridad frustradas es ese pueblo pobre, despojado y oprimido, cuyo agravamiento masivo el Documento constata y condena. (cfr. nn.898 y 924).

Queda inequívoco a través de todo el mensaje de los Obispos en Puebla que, siendo los bienes de este mundo únicamente *"medios para llegar al Reino"* y, por lo tanto no absolutizables(n.912), *"con todo, la comunión y participación verdadera sólo pueden existir en esta vida proyectadas sobre el plano muy concreto de las realidades temporales"* (n.224). Por eso afirman los Obispos que *"el contexto socio-cultural en que vivimos es tan contradictorio en su concepción y modo de obrar, que no solamente concurre a la escasez de bienes materiales en la casa de los pobres, sino también, lo que es más grave, tiende a quitarles su mayor riqueza que es Dios"* (Mensaje a los Pueblos de América Latina). ¿Cómo va a brillar el rostro de Dios Padre sobre un pueblo desposeído de la fraternidad que está en el compartir y construir conjuntamente a todos los niveles? De ahí que la opción de

la Conferencia de Puebla por los pobres esté "exigida por la realidad escandalosa de América Latina" (n.919).

Este escándalo consiste en el ensombrecimiento y en el desprecio de los hijos de Dios (n.906), de aquellos con quienes Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, se identificó y se hizo solidario (n.905), de aquellos en quienes Jesucristo está sobre todo viviente en su Iglesia (cfr. n.227). Por eso, los pobres son "los primeros destinatarios de la misión (Lucas 4,18-21)" de Cristo y de la Iglesia y el que a ellos se les proclame una Buena Noticia es "por excelencia la señal y prueba de la misión de Jesús" (Lc. 7,21-23)" (n.906). Por ello también "el servicio a los pobres es la medida privilegiada y no excluyente, de nuestro seguimiento y de nuestro servicio a Cristo" (n.909).

"El amor de Dios -afirman los Obispos en Puebla- se vuelve por necesidad comunión de amor con los demás hombres, y participación fraterna" (n.224). Comunión y participación han querido ser el hilo conductor de la Conferencia de Puebla. Frente a ellas, sin embargo, en América Latina, se levanta la brutal realidad de injusticia, dominación explotación y opresión. Por lo tanto, en América Latina, "para nosotros hoy" (el amor de Dios, la comunión y participación) deben "volverse sobre todo obra de justicia para con los oprimidos (Lc.4,18), esfuerzo de liberación para quienes más la necesitan... No se puede hoy en América Latina amar de verdad al hermano, y por lo tanto a Dios, sin comprometerse a nivel formal, y en muchos casos incluso a nivel de estructuras, con el servicio y promoción de los grupos humanos y estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen en el plano de esas realidades temporales" (n.224).

De ahí pues, que la sociedad en América Latina ha de verse desde la perspectiva de los pobres. La "preocupación preferencial" de la Iglesia ha de ser "promover y defender los derechos de los pobres, los marginados, los oprimidos" (n.977). Todos, sin distinción de clases, son invitados por la Conferencia de Puebla "a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo. Todo lo que hicieron a uno

de estos mis hermanos, por humildes que sean, es como si a mí mismo se hiciera (Mt.25,40)" (Mensaje a los pueblos de América Latina).

Entonces los pobres de América Latina no sólo son los primeros destinatarios de la evangelización sino que la Iglesia descubre en ellos un "potencial evangelizador", como interpelación constante a la conversión y "en cuanto que muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios" (n.911).

Por eso, como primer medio para realizar esta opción preferencial y solidaria por los pobres, "toda la Iglesia - debe revisar sus estructuras y la vida de todos sus miembros, sobre todo de los agentes de pastoral, con miras a una conversión efectiva". (n.922).

#### 5. Liberación en la Conferencia de Puebla.

Tal vez no había otra palabra que llegara a Puebla más cargada de sospechas y de reticencias. Había allá una corriente importante que, al no poder conseguir una condena expresa de la Teología de la Liberación, sí procuró -- evitar todo reconocimiento de ella. Manifestativo de este intento tenaz fue el recorte y -luego- la supresión de un texto en el capítulo dedicada a la "evangelización, liberación y promoción humana". La segunda redacción de este capítulo decía así: "Nos alegra también que la evangelización se venga beneficiando de los aspectos constructivos de la Teología de la Liberación". En la tercera y penúltima redacción este texto tuvo que ser modificado ya para evitar el tabú "Teología de la Liberación", y quedó así: "Nos alegra también que la evangelización se venga beneficiando de los aspectos constructivos de una reflexión teológica sobre la liberación, tal como surgió en Medellín". Acosado por cincuenta y dos sugerencias idénticas mimeografiadas en el sentido de que se suprimiera, el texto no obtuvo los dos tercios necesarios para pasar al documento final y cayó así víctima tal vez del temor a que su matizado reconocimiento fuera extendido a toda Teología de Liberación. En la Igle-

sia el temor, cuando se sobrepone al ánimo y al aliento, corre el peligro de ahogar la vida que quería proteger. A pesar de esta tentativa de asfixia, esos aspectos constructivos de la Teología de la Liberación recorren todo el Documento Final. En el mismo capítulo que enfoca directamente el tema de "evangelización y liberación" está presente una concepción de liberación que incluye la liberación del pecado personal y del pecado social; la liberación de los ídolos y servidumbres del hombre; una liberación que se va realizando en la historia -tanto la personal como la de nuestros pueblos; una liberación que abarca las diferentes dimensiones de la existencia: lo social, lo político, lo cultural, y el conjunto de sus relaciones (cfr. 353, 354, 356, 862 y 864).

Se trata de una liberación para el crecimiento progresivo en el ser, en la comunión con Dios y con los hombres, a partir de las desgarraduras del hombre y de la sociedad (cfr. n.353), es decir una liberación a partir del conflicto. Del proceso dinámico de liberación integral que se despliega en Medellín y que es uno de los aportes más propios de la Iglesia Latinoamericana a la Iglesia universal (véase Evangelii Nuntiandi y el Discurso de Apertura de Juan Pablo II en Puebla, Tercera Parte) dice el Documento Final que "es un anuncio que urge a la Iglesia y que pertenece a la entraña misma de la evangelización" (n.351).

A pesar también de los intentos realizados en el capítulo dedicado a Jesucristo para evitar que el Señor aparezca con el título de "liberador" ("Jesucristo el Liberador" es el título de la obra de Leonardo Boff, uno de los cristólogos latinoamericanos más consagrados), afirman los Obispos que "Dios está presente, vivo en Jesucristo liberador, en el corazón de América Latina" (Mensaje a los Pueblos de América Latina). Este "Cristo vivo (Dios y hombre)" es el "único que salva liberando de todo pecado y sus consecuencias y comprometiendo a la liberación activa de sus hermanos por medios no violentos" (n.956). No cabe duda, por lo tanto, que el Documento Final recoge la reflexión cristiana, teológica, sobre la práctica concreta de liberación en América Latina y la une explícitamente al concepto más tradicional de salvación, enriqueciéndolo con la proyección "sobre el plano

muy concreto de las realidades temporales" (cfr.n.224). "Es este -afirman los obispos- el Cristo que debe ser presentado a los jóvenes como liberador integral" (n.945). Se trata, visto desde el trabajo de todo el pueblo de Dios, de "una búsqueda del rostro nuevo de Cristo" (n.96). Esta búsqueda se da a través de "un acercamiento a los Evangelios" (ibid.) y, por tanto a la historia de Jesús de Nazaret, única revelación de la debilidad de la carne humana del Dios liberador, Yahvé (cfr. Juan 1,14-18) (Lc.4,18). Por eso los Obispos ven esta búsqueda como "respuesta a su legítima aspiración (la del pueblo de Dios) a una liberación integral" (n.96).

Pero ésta búsqueda del rostro nuevo de Cristo se ha dado también en América Latina como búsqueda de los pobres. De la experiencia vivida con ellos, de su vida experimentada -en el esfuerzo de identificación con ellos- como "abominación" (cfr. Mensaje a los Pueblos de América Latina), ha surgido el servicio eclesial redescubierto del siervo de Yahvé, como quien "no vacilará ni se quebrará hasta implantar el derecho en la tierra" (Isaías 42,4); servicio que las "opciones pastorales" del Documento Final consagran como tarea de la Iglesia, de toda comunidad cristiana" (cfr. n.1064). Los Obispos han recogido también este punto de --partida y señalan que Jesucristo vive hoy en la Iglesia "sobre todo entre los más pobres" (n.227). Si EL es el camino por lo tanto, ningún camino cristiano latinoamericano puede hacerse sin pasar por los pobres. Consecuentemente -volvemos a citar- la comunicación y participación "para nosotros hoy debe volverse sobre todo obra de justicia para con los oprimidos (Lc.4,18), esfuerzo de liberación para quienes más lo necesitan" (n.224).

Este camino de la comunidad cristiana eclesial a los pobres (la mayoría de las veces será camino desde los pobres porque la mayoría del pueblo de Dios es pobre en América Latina), de los pobres al Evangelio y del Evangelio a los pobres, es en definitiva el camino, el método usado por la práctica de liberación en América Latina y por la Teología de la Liberación. Es el método del Documento Final de Puebla también, como antes lo hemos visto; por eso hay que analizar la realidad, que es masivamente la realidad de los po

bres, como oprimidos o como sujetos emergentes de la historia, y por eso hay que reflexionar sobre la realidad a la luz del Evangelio (cfr. n.1067), pero al mismo tiempo dejar que esa realidad sea desafío e interpelación (cfr. nn.50-53). Por ello, finalmente, para afirmar, -como afirman los Obispos- lo original del aporte latinoamericano a la fe práctica en Jesucristo, no sólo hay que afirmar que la culminación de la salvación liberadora se dará donde *"Dios es todo en todos y no habra más lágrimas"* (n.353), sino que hay que resaltar la relación histórica, concreta, entre la tarea evangelizadora de la Iglesia, entendida como liberación integral y la realidad del continente (cfr. n.15).

Es necesaria la Teología de la Liberación y el que no se hayan podido conseguir unos cuantos votos más en Puebla para reconocer con objetividad y magnanimidad sus aspectos constructivos no la va a paralizar; tampoco va a dispensarla de una crítica y autocrítica necesaria. Sin embargo, es más necesaria y más importante la práctica cristiana liberadora, la tentativa de vivir la evangelización liberadora en su plenitud. Por ésta última sí logró quedar una manifestación de alegría en el Documento Final (cfr. n.359). Será esta práctica, *"estas obras de servicio a los demás"* las que constituyan el *"criterio y medida con que Cristo ha de juzgar, incluso a quienes no lo hayan conocido (Mt.25),"* (n.235), y por supuesto a quienes nada sepan de Teología de Liberación.

### Conclusión.

Puebla ha tenido sus luces y sus sombras. No es nada extraño. Se trata de un trozo de historia de la Iglesia. El Documento Final, cuando mira la historia que -a través de los siglos- precedió a Puebla, descubre también en ella sombra al lado de luces potentes (cfr. n.3). Está en la naturaleza histórica de la Iglesia siempre tentada (E.N. n.15), el ser sujeto de un continuo proceso de conversión. De las realidades más positivas que en Puebla ha habido en la petición de perdón que los Obispos hacen a sus *"hermanos en la fe y en la humanidad"* porque reconocen que aún están *"lejos de vivir todo lo que predicán"* (Mensaje a los Pueblos de Amé



rica Latina). Por eso precisamente no sólo llaman a la conversión sino que quieren irse convirtiendo juntamente con los demás cristianos de América Latina. Debemos acompañarlos en esta tarea que nos toca tan de cerca.

Tal vez la sombra más notable del Documento es la falta de un tratamiento serio del testimonio de los mártires latinoamericanos. Son precisamente los ídolos, la idolatría de la riqueza y el poder, los que han sacrificado a estos testigos privilegiados de la fe de la Iglesia en América Latina. Es una clave de la relevancia y autenticidad del impulso eclesial que nació alrededor de Medellín el que haya desencadenado persecución.

A pesar de esto, la sangre de los mártires ha actuado su fuerza de ánimo, de resurrección y de esperanza en Puebla. Que Puebla haya ratificado fundamentalmente a Medellín es un punto que sólo el Espíritu de fortaleza de Jesucristo ha podido extraer de una Iglesia sometida a tanta presión y amenaza por tantos conflictos que su postura le ha suscitado desde Medellín.

No hay tal vez un Documento Final tan creativo como lo fueron los de Medellín. Pero, en cambio, la base de vida que hoy sustenta a Puebla es mucho mayor en la Iglesia de América Latina que lo que era en 1968 en Medellín. Esta es la maravilla que el Espíritu ha suscitado entre los pobres.

La Iglesia sale de Puebla con modestia. Ha experimentado allá tensiones muy reales que son visibles en el Documento Final. No todos los Obispos partían de la misma posición ni sus diferentes posiciones pudieron ser suficientemente sintetizadas en dos semanas de asamblea pero, como ellos mismos lo han afirmado, Puebla *"no es un fin, no se concluye con la publicación de un Documento, es principio de una nueva etapa en el proceso de nuestra vida eclesial en América Latina"* (Presentación del Documento).

Los Obispos han proclamado que la Iglesia no quiere privilegios. Pero sí exige el derecho de dar testimonio de su mensaje y de usar su palabra profética de anuncio y denuncia (n.973). Afirman que la Iglesia quiere ser *"cada vez*

*nás independiente de los poderes de este mundo" para ser un espacio de libertad en América Latina. (n.81).*

No es pequeña aspiración. Y ciertamente que es una aspiración que responda a algo nuclear del Evangelio de Jesús y del Jesús de los evangelios: la libertad del Hijo de Dios y de los hijos de Dios. Esta libertad está tan amenazada, tan oprimida por la injusticia en América Latina que aspirar a ella y caminar serenamente hacia ella es ya una dimensión crucial de la esperanza que continuamente hay que alimentar: crucial, por irrenunciable y crucial porque en su camino se pasa por la cruz, pero para resucitar en el futuro de Jesucristo en América Latina.

Viendo la realidad latinoamericana desde la perspectiva de los pobres, es decir, como historia del Señor viviente en ellos sobre todo, y optando preferencialmente por esos pobres, los Obispos nos dan la clave para comprender lo que en Puebla han escrito; así apuntan hacia el único camino que conduce, a través del compromiso por la liberación, del servicio a la justicia y a la paz (n.1064), a la comunión y participación. Mientras tanto, han dado su apoyo "a los hijos de la Iglesia que se empeñan en puestos avanzados... haciendo de ellos mensajeros de nuevas esperanzas". (n.1014).

